

El Amor inaudito que se rememora en los Días Santos

Nicolás Cabasilas, *La Vida en Cristo*¹

“Como suele ocurrir entre los hombres, que cuando el amor es desbordante y más intenso, saca de sí mismo al amante, así a Dios el amor a los hombres le sacó de Sí mismo; porque no se contentó con llamar hacia Él al esclavo que amaba, sino que desciende Él mismo en su busca, el Rico viene a la choza del pobre, y acercándose a él, le declara Su pasión y reclama lo mismo a cambio; y, rechazado, no se retira; ultrajado, no se irrita; despedido, se sienta a la puerta.

Nada deja de hacer para mostrar Su amor; soporta los sufrimientos que se le infligen hasta la muerte.

Dos cosas dan a conocer al amante verdadero y le aseguran el triunfo sobre el amado: hacerle todo el bien que le es posible y tolerar por su amor los más terribles tormentos: el sufrimiento es aún mayor prueba de amistad que el llenarlo de sus bienes.

Pero Dios era inaccesible a todo sufrimiento y no podía ofrecer al hombre la mayor prueba de amor. Como le amaba, podía prodigarle sus favores, pero no sufrir por él. Su amor era infinito, pero no estaba en sus manos el medio de manifestárselo. Y, sin embargo, era necesario que este amor tan excelso no permaneciese oculto. Tenía que darnos alguna prueba y, pues nos amaba con locura, manifestarnos lo extremado de su amor. Para esto inventa y lleva a cabo este anonadamiento maravilloso.

Y encuentra en ello la manera de poder sufrir los más atroces tormentos. Y habiéndole mostrado con su tortura la intensidad del amor, obliga al hombre, que antes le huía por el temor de su odio, a que se le acerque confiado.

Lo más inaudito de todo es que no se contentó con soportar los peores sufrimientos y las heridas hasta la muerte, sino que, resucitado, después de haber rescatado su cuerpo de la corrupción, conserva en él sus llagas y sus cicatrices. Y con ellas es como aparece ante los ángeles, las considera como su vestimenta y se regocija mostrando qué tremendos sufrimientos ha aguantado.

Del cuerpo ha abandonado todo lo demás, porque su cuerpo es espiritual, ingrávito y sutil, exento de toda afección corporal; pero sus cicatrices no las ha rechazado en absoluto, no ha borrado sus llagas. Al contrario, ha querido conservarlas como medio de hacerse amar por el hombre, porque con ellas ha podido encontrar al que estaba perdido, y con esas heridas ha conquistado al que amaba.

Conservó grabadas en su carne las huellas de su inmolación para vivir por los siglos con la marca de las llagas que le fueron impresas al ser crucificado, para manifestar a sus siervos que fue Su amor quien le había puesto en la cruz y atravesó su costado. Y en los esplendores de la gloria inefable estas mismas llagas serían el manto de Su realeza.

¿Qué amor podría igualarse con ese? ¿Qué hombre ha amado jamás de tan divina manera? ¿Qué madre o qué padre amó con igual ternura a sus hijos? ¿Quién ha habido jamás que haya ideado un amor tan loco que, en nombre de ese amor, venga a ser herido por aquel mismo al que ama, y no sólo lo soporta, no sólo conserva Su amor al ingrato, sino que hace de Sus heridas objeto de sus preferencias?”

¹ Teólogo griego del s XIV. La vida en Cristo presenta la vida espiritual como una vida de unión con Cristo que se comunica en los sacramentos.